



EN EL AIRE

—¡Oh! mi querido Manolo, no me siento muy bien, te ruego que me dejes sola.

CRÓNICA

Ha transcurrido ya un año. Fué aquélla una catástrofe sensacional, una de esas tremendas sorpresas que de vez en cuando impresionan al mundo entero y recoge en sus páginas el libro de los destinos de la humanidad.

Jamás buque igual al *Titanic* había surcado los mares; hacía su primer viaje, de Southampton se dirigía á Nueva York llevando á su bordo á millonarios de Norte América anhelosos de disfrutar de las comodidades del nuevo barco que holgadamente podía llevar 3.500 pasajeros.

Era el *Titanic* una maravilla de la ingeniería naval moderna, corriendo parejas su *confort* con su grandiosidad. Estaba dotado de cuarenta salas de baño, una piscina de natación, 20 salones de peluquería, cuatro salones para fumar, tres bibliotecas con 80.000 volúmenes, un periódico á bordo con dos ediciones en inglés, alemán y francés, servicio de teléfono y radiografía y un café restaurant al aire libre. Los pasajeros que podía llevar á bordo eran 325 de primera clase, 257 de segunda y 1.200 de tercera. Era una ciudad flotante que podía tener una población de 3.150 habitantes. Los ingresos de un viaje á pasaje completo se calculaban en la fabulosa suma de 9.638.750 francos.

El *Titanic* hacía la travesía con toda felicidad, advirtió el peligro cuando no podía dominarlo, cuando su pesada mole de 66.000 toneladas impulsada por una velocidad de 20 millas al encontrarse a unos centenares de metros de una montaña de hielo no podía maniobrar sin apresurar

la catástrofe. De en medio de aquella fastuosidad, de aquellos esplendores, de aquellas palpitaciones de vida y de opulencia surgió bru-



tal y aterradora la trágica visión de inevitable muerte, y con ella la sublime y luminosa de la más heroica abnegación. Aquellos hombres que dejaban caras afecciones, fortunas colosales, cuanto humanamente en la vida se puede apstecer, vieron poner á salvo los niños primeramente las mujeres después; vieron desaparecer el último bote salvavidas, sentían que el monstruo de hielo les hacía su presa, y no disputaron á los débiles el medio de salvarse, impasibles, serenos, sublimemente indiferentes ante el peligro entonaban el canto. «*Más cerca de ti Dios mío*» mirando desdeñosamente á la muerte que tan traidoramente los acechaba. Entre aquel puñado de héroes descuella con trazos indelebles la figura del joven radiografista Philipps transmitiendo radiogramas desde que se conoció el peligro, y muriendo delante del aparato, al trasmitir las últimas palabras «*nos hundimos.*»

Ha cumplido un año de aquella tremenda catástrofe, bien merecen un recuerdo de piedad los que en ella sucumbieron, bien merece el nombre de Philipps, ser evocado como un ejemplo de abnegación en el cumplimiento de su deber.

PACHIN

Un apreciable ciudadano se presentó un día en el registro civil para inscribir á un hijo suyo de cinco años, cuya formalidad había omitido el día del nacimiento del chico. El empleado fiel á la más rutinaria de las costumbres extendió el acta de nacimiento en la siguiente forma:

—Hoy 22 de febrero de... etcétera y de legítimo matrimonio ha nacido un niño de cinco años de edad...

En una escuela rural el maestro propuso á Pedro el siguiente problema:

—Figúrate Pedrito á dos carreteros que recorren una misma carretera pero en distinta dirección. El uno ha recorrido ocho kilómetros en una hora y el otro diez. Vamos á ver, ¿dónde se reunirán los dos carreteros?

Pedrito sin vacilar contesta con gran convicción:

—En la taberna señor maestro, que es donde se reúnen siempre.



Ignacio Iglesias

Remitido por Valentin Castany.

La fuente de las maravillas



Roberto iba por leche a la lechería.

Precuraré recordar uno de los cuentos que con mayor atención escuchábamos cuando la venerable abuela, de hermosa y pálida faz, de penetrante y bondadoso mirar, presidía nuestras reuniones nocturnas antes de la hora de acostarse y nos tenía suspensos, y con un palmo de boca abierta, ora apiñados alrededor del brasero, ora tendidos sobre algún banco de la terraza, pues en todo tiempo nos agradaban sobremanera.

No se trata de un cuento vulgar, de esos que sólo sirven para meter miedo a los chicos; se trata nada menos de la *fuente de las maravillas*.

—Así la llamaban, hijos míos, —nos decía,—por las cosas que de ella se contaban, y solía desapa-

recer a los ojos de unos cuando los de otros acababan de verla.

—Pero eso, ¿cómo podía ser?—exclamábamos.

—Ya lo comprenderéis en llegando al final de mi cuento.

La *fuente de las maravillas*, corría a la sombra de laureles y mirtos, entre perlas y corales brillando el cristal de su corriente como plata bruñida, como argentada cinta bañada por los rayos del sol. Acudían ruidosos a beber a sus aguas para enriquecer la armonía de sus cantos; y violetas, rosas y madreselvas, le debían la incomparable dulzura de su perfume.

Algunos niños la habían encontrado en medio de un bosque de perenne frondosidad; pero al volver a su casa, vanamente procuraban dar las señas del sitio que ocupaba. Por eso sus compañeros solían burlarse del caso aunque



Y a su paso como encontrase una cabrita, créyose en el deber de torearla.

se afanaban también por encontrarla, al oír que sus agnas eran más dulces que regalado almíbar. ¿Y sabéis por qué la buscaban inútilmente? Porque ellos no querían sino la golosina.

Precisamente los golosos eran los mismos que solían desobedecer á sus padres y no atender á sus maestros, los que aborrecían el estudio, los soberbios y los mal hablados, los vengativos, los ingratos y los envidiosos.

Bien comprendereis, hijos míos, que si eran éstos los que no encontraban *la fuente de las maravillas*, los atortunados en su hallazgo serían los buenos, los obedientes, los humildes, los aplicados, los generosos y los agradecidos.

*
*
*

—Los niños de mala conducta.—
—continuó la abuelita,—no lograban el hallazgo, porque la buscaban yagando por no ir á la escuela y desoyendo los consejos paternales.



Después de lo cual, muy modesto fuese por la leche, sin reparar que el animal estaba acechándole con implacable encano.



Y en efecto, cuando más embabido, estaba en la contemplación del sabroso líquido, viene el toro, arremete con él y le larga un achuchón en cierta parte.

Entre los buenos había dos que con frecuencia lograban contemplarla: Pedro y Miguel.

—¿Y bebían de aquella agua tan dulce?—preguntamos todos con avidez.

—Sí; pero no por golosina como lo hubierais hecho casi todos vosotros; y no volvais á interrumpirme. Pedro y Miguel, después de haber cumplido muy bien sus deberes, descansaban á las máx.

genes de la fuente arrullados por el murmullo de sus aguas y por los trinos de los ruiseñores. Ahora sabéis la causa de su suerte. Pedro pertenecía á la familia más pobre del pueblo; habiendo muerto su padre ayndaba á su madre en el cuidado de un rebaño de ovejas, por cuya ocupación recibía un salario que le bastaba para atender á sus necesidades y las de su hermanito, de menos años que él; iba al monte por leña, se desvelaba porque su madre con frecuencia enferma no careciese de lo más necesario, y á pesar de tales ocupaciones asistía con puntualidad á la escuela, siendo en ella de los más aventajados y de los más queridos por el maestro.

—Y Miguel ¿era así mismo bueno, abuelita?

—Muy bueno era el chico también. á pesar de ser hijo de muy rica familia, era el mejor amigo de Pedro. Había perdido á su madre, le quería como hermano, partía con él su alimento y su



- ¡Hola! ¿A qué te dedicas?
- Pues... á vender muebles.
- ¿Vendes muchos?
- Por ahora los míos.

Remitido por Busquets.



- ¿Que no me dijo usted que me pagaría la mitad al contado y la otra mitad me la debería?
- Por lo mismo; si le pago dejaré de deberlo.

Remitido por José Coll.

ropa, era el orgullo de su padre por su buen comportamiento y buen corazón, y al verle al lado de Pedro no había en el lugar quien no lo mostrase como modelo á todos los niños, ni pobre que no le bendijera.

»¡Cuánto me agradara que les hubiéseis visto en las márgenes de la fuente milagrosa cuando juntos disfrutaban de aquella dulzura incomparable de sus aguas, teniendo guirnaldas de violetas, mirtos y madre-selvas, cuando las avecillas sin temor alguno venían á posarse sobre sus hombros y los acariciaban con sus picos y les recreaban con sus gorjeos.

»En los cristales de la fuente contemplaban la dulce imagen de la madre de Miguel, que en forma de ángel y entre arreboles de oro les sonreía.

»Los dos amigos, que en la tierra imaginábanse hallarse en medio del Paraíso, sentíanse más satisfechos

que los llamados grandes de la tierra. La fuente maravillosa los protegía y amparaba cual si fuesen sus hijos, y hasta en sus sueños percibían su susurro semejante á amorosa canturria de la más solícita de las madres.

* *

Era aquél demasiado silencio y todos á una interrumpimos á abuelita. No podíamos resistir al deseo vehementísimo de correr hacia la prodigiosa fuente y beber del néctar de sus aguas.

—¿Cómo encontrar la fuente, abuelita?—preguntamos.

—Nada tan fácil como dar con ella,—nos dijo.

—Dilo pronto.

—Bajo una condición.

—¿Qué es ello? Además, una sola condición es muy poco para dar con prodigio tan peregrino.

—Y no dáis en lo que voy á deciros? A ver, Paquito...

—Yo... no sé.

—Y tú, Luisillo?

—Eso tú, abuelita; pues que has empezado, dínos que debemos hacer.

—Sencillamente: que seáis todos tan buenos, tan aplicados, tan obedientes, hijos sumisos, amigos leales y generosos como fueron Pedro y Miguel.

—Palabra, abuelita. palabra,—clamamos todos con entusiasmo.

—Pues la fuente de las maravillas, no lo echeis en olvido, es la fuente de la virtud.

Algo pensativos nos quedamos al saberlo; sin embargo, todos formamos el firme propósito de no beber otras aguas que de las de tan preciada fuente.

L. G. DEL R.



—¡Mamá, mamá! Papá quiere pegarme, porque le he puesto la chocolatera llena de tinta.

EL DIABLO BURLADO



En una pequeña aldea, vivía un huérfanita con su abuelo



encontrándose en situación tan precaria, que un día



fué preciso, que la pequeña Rosarito, se resolviese á sacrificar su hermoso gallo.



Más, no tuvo valor para ello, y echó á correr en busca de quien les socorriera.



Se dirigió al vecino más cercano que era un alfarero, pidiéndole su apoyo



Era un hombre muy perverso y concibió un plan diabólico.



—Me has conmovido Rosarito, y te revelaré un secreto que os pondrá al abrigo de la mi sería.



—Si oyes cantar un moehuelo, arrolla este papel y gritale: «Caballé te escucho» y poniendo



la improvisada trompeta junto á tu oreja descifrarás lo que el pajarraco canta.



Rosarito por la noche, puso en práctica lo que le dijo el alfarero.



El ave nocturna, en su «Hululú!» decía: «Hay un rico tesoro al pie de la gran en...



No le faltó tiempo á Rosarito para llegar al árbol mágico y descubrir aquel tesoro.



Suspensa quedó la niña al ver en el arca un pergamino escrito con sangre que decía:



Que por haber desenterrado aquel tesoro, su alma daba al diablo... y al ver al



fatídico mochuelo batiendo con frenesí las alas, marchóse pesarosa hacia su caha.



Acordóse entonces de su pobre abuelo y se dijo: «a cambio de mi alma él vivirá feliz» y se fue al punto.



Más, cuál sería su sorpresa al ver al alfarero con el arca en sus espaldas huyendo a toda prisa



Lucifer le devolvió el tesoro y le dijo: «vendré por tí después que el gallo habrá cantado».



Dijoselo la niña al gallo y éste le contestó: «No tengas miedo, que pronto avisaré yo a mis camaradas».



Satanás se llevó chasco porque la niña seguirle no quería si el gallo no cantaba.



Convirtióse en gallo entonces el mismo Luzbel y disponíase a lanzar su ki-ri-ki



Cuando rápido el defensor de la niña se precipitó a su garganta desplomándole sin piedad.



El alfarero recogió las plumas que se transformaron en cola de Satán y éste se lo llevó a los infiernos.



Y ricos ya con el tesoro, abuelo y nieta en paz vivieron hasta el fin de sus días



- ¿Cómo vienes tan cansado?
 —Es que he corrido mucho para que no me pegara Pepito
 —¡Vaya, cobardón!
 —No, mamá, tú ya sabes mi genio y si lo descalabro les voy a dar un disgusto a sus papás.

Si cuando el piso está cubierto de nieve se ponen encima de ella, unos al lado de otros, pedazos de tela de lana de igual tamaño y cuerpo, pero de distintos colores, se verá que la relación del color con respecto a la temperatura, es como sigue: dentro de pocas horas el negro habrá derretido debajo de él cuanta nieve ocultaba; el azul habrá obrado en corta diferencia como el negro; el castaño habrá derretido menos nieve; el encarnado menos que el castaño, y el blanco muy poca ó ninguna.

Iguales experimentos pueden hacerse respecto a la condensación del rocío.

SUICIDIO

Iba montado en un mulo un rico comerciante, dirigiéndose hacia el pueblo de un amigo viajante. Caminaba muy tranquilo pisando la carretera, cuando le salen dos pillos pidiéndole la cartera, que él en vano defendía y no quería entregar sin saber que los dos golfos harían la atrocidad de cortarle las dos manos, y en un árbol amarrar el cadaver de su cuerpo después de haberle robado el reloj y la cartera

y más de dos mil ducados. También en la carretera va el jefe de los civiles que al encontrarse el cadaver, estas palabras escribe: «Señor alcalde del pueblo: Ahora acabo de encontrar el cadaver de un hombre que ha hecho la barbaridad de suicidarse y matarse sin decir á nadie na... Las dos manos se ha cortado, y en un grandioso peral con gran calma se ha amarrado después de haberse clavado en el pecho su puñal. »

FRANCISCO ESTANISLAO

NIEVES

El haz de leña que Nita hija de un leñador acababa de recoger en el bosque resultaba pesada carga para ella. Queriendo pues descansar un instante, dejó el haz en la tierra cubierta de nieve.

—¡Ah! exclamó.—Si estos hermosos copos blancos pudiesen transformarse en buen género blanco, a lo menos podría reemplazar estas pobres vestimentas hechas girones que llevo.

Con sus pequeños dedos formó una bolita que tomó la forma de un hombrecillo de nieve, el cual escapándose de sus manos saltó á tierra con agilidad.

—¡Ah! ¡Ah! Nita,—le dijo sonriendo picarescamente.—Tú no has vacilado en amasar el Enano de las nieves. He oido tu anhelo y voy á complacerte cambiando tus miserables ropas, en vestido suntuoso, pero tendrá que ser blanco. . . y tendrás además un castillo hecho de nieve. Dejarás de ser Nita la hija del leñador para ser la princesa Blanca-nieve.

—¡Qué dicha!—gritó Nita fuera de sí.

Cuando estuvo vestida de blanco apercibió á lo lejos un soberbio palacio rodeado de lagos cuyas aguas el hielo había cristalizado.

—Tu deseo está satisfecho,—le dijo el Enano de las nieves.—Pero debo decirte que un día tal vez echarás de menos los vestidos que acabas de dejar, pero no podrás recobrarlos hasta que tu corazón, que es de hielo, se derrita sintiendo una sincera afectación por el que será tu esposo.

Y después de estas enigmáticas palabras el enano desapareció como por encanto.



—¿Le parece á usted que vale la pena de venir á despertarme, para decirme que puedo desalojar el piso por falta de pago?



Desde entonces la princesa llevó una curiosa existencia. Todo era de nieve y de hielo en su palacio. Desde los criados que la servían á los manjares y bebidas que le presentaban; al principio todo la encantaba pero acabó por sentirse fatigada, y más de una vez paseándose por el parque se acordaba con pena de los días que iba al bosque á recoger leña. Quería ver al enano pues, para suplicarle que le devolviera su perdida condición.

Quiso amasar una bolita de nieve, pero con sus manos heladas no pudo lograrlo. Quiso llorar y no pudo lograrlo, su corazón de hielo no le consentía ninguna emoción.

Un día que se deslizaba como una sombra que se confundía con la blancura de la nieve que la rodeaba, la princesa oyó el galope de un caballo, viendo á poco á un apuesto jinete que la saludaba respetuosamente. Le dijo que se había extraviado cazando por aquellos parajes y que se sen-

tía morir de hambre; ¿sería ella tan amable que le procurase algo para comer y le indicara el camino que debía seguir á fin de volver al castillo del rey su padre?

Cuando el cazador supo que clase de manjares podrían ofrecerle, hizo un gesto de disgusto, pues era en lo más crudo del invierno.

—A lo menos,— dijo,— ¿podría indicarme el camino que debo tomar?

—Lo ignoro,— contestó Blancanieve,— pues llevo muy poco tiempo en este país.

—Pero ¿vuestros criados?— insistió el príncipe.

—Son sordos y mudos.

El joven príncipe



EL ORGULLO CASTIGADO

(HISTORIETA MUDA)

se despidió sorprendido de tal acogida, sin dejar por eso de admirar la hermosura de la joven.

— ¡Pobre joven! — pensó ella viéndole alejar, — nada he podido hacer por él.

En aquel momento le pareció que un suave calor invadía su corazón. La vida se le hizo más monótona, pues el recuerdo del cazador extraviado no tardó en borrarse de su memoria.

El príncipe después de haber vagado todo el día acabó por encontrar á los cazadores, que andaban buscándole de una á otra parte, volviendo juntos al palacio real.

Una tristeza indecible se retrataba en su rostro, sin que nadie acertara en un cambio tan completo en el humor de un joven siempre alegre y jovial. El rey vivamente apenado mandó llamar á los mejores médicos y afamados sabios que tuvieron que declarar su incompetencia para descubrir la causa de la pena del príncipe. Este por su parte á nadie quiso confiar su secreto.

El sabía que únicamente podía ser feliz casándose con Blancanieve, pero ¿cómo penetrar el misterio que parecía rodear á la princesa? Resolvió buscarla partiendo solo y á pie.

El príncipe había llegado al palacio de hielo donde vió á Blancanieve que le dispensó al principio muy fría acogida; quería sin embargo aceptar las rosas que él le ofrecía, pero apenas las tomaba en sus manos se cubrían de escarcha como las de los rosales de su parque. Helaba copiosamente y despojándose de su capa cubriola el



príncipe con ella diciéndola: —¿No teméis enfermaros princesa llevando unas ropas tan ligeras haciendo un frío tan intenso?

Tanta solicitud conmovió á Blanca-nieve que dijo:

—Esta es mi triste suerte, ser la princesa de nieve y no sentir más que frío.

El príncipe le refirió que desde su primera entrevista solo en ella podía pensar. Ella le refirió entonces su aventura con el enano y lo modesto de su posición.

—Y no podría ser yo el que devolviera el calor á vuestro pecho, —preguntó el príncipe.

—¿Si volviese á ser la hija del leñador me amaríais entonces?

El príncipe se indignó.

Blanca-nieve sintió que las lágrimas se asomaban á sus ojos y entonces de todas partes pudo percibirse un ruido de gotas de agua cayendo en el suelo. El palacio de hielo derretido á la vista de todos, desheliéndose á su vez las aguas de los lagos. Los criados por su parte siguieron la misma suerte.

Blanca-nieve no tardó en aparecer con sus miserables harapos, pero más hermosa que nunca. El príncipe maravillado la trajo al palacio de su padre que dichoso de haber recobrado á su hijo, consintió sin pena al casamiento de su heredero con Nita hija del leñador.



UN INGLÉS FLEMÁTICO

—Yo... estar muy contento con el nuevo criado.

—¿Está usted contento con un criado que se emborracha?

—Es que es muy económico: éste necesita sólo una botella para quedar chispo, mientras que el anterior necesitaba seis.

PASATIEMPOS

REGALOS

DEL "CORREO DE LOS NIÑOS"

- 1.º *Un precioso reloj de oro.*
- 2.º *Un retrato con marco dorado.*
- 3.º *Un magnífico juguete, á elegir.*

Más de 500 premios en cuentos y novelitas infantiles.

FRASE HECHA



CHARADA

*Prima y dos de un todo
me gusta irrito;
prima y tercera es un puerto
de mar muy lindo
el todo es ave
y si no me lo aciertas
muy poco sabes.*

En un cuartel.
El soldado dispara el arma y acude el cabo.
El cabo — ¿Qué ha pasado?
El centinela — Nada, una mujer que se ha empeñado en entrar á ver un quinto.
El cabo — ¿Y ha entrado?
El centinela — No, mi cabo, ha salido... con la suya.

JEROGLIFICO

la D ANI Z SSS TU VENUS
+ P^s Rⁱ E $\frac{E}{\text{NITRE}}$ × $\begin{matrix} \text{LoSo} \\ \text{LoSo} \\ \text{LoSo} \end{matrix}$ A

Las soluciones en el próximo número.

SOLUCIÓN á los pasatiempos del número anterior

Jeroglífico — Vecino.

Charada — R. doballo.

Metagrama — Roma, mora, amor, timo, mar y bmo.

CORRESPONDENCIA

Valentín Castany's. Se publicarán — A. Penalver Irán los jeroglíficos y la charada. — Jose Vía Olivé Algo se publicará de lo que envías. Ya lo creo que admitimos historietas y cuentos y los publicaremos si el director lo cree conveniente. — Pablo Díaz. Se irán publicando los acertijos — Félix Gil La solución bien, pero recuerda que para opción al regalo es preciso las soluciones exactas de seis números consecutivos. — Lora Tamayo. Se publicará la charada Gracias por la observación — C. de la C. H. Se publicará la charada, los dibujos han de ser en tinta china — Angel Ballesterero Lo mismo digo respecto á su acertijo — M. R. H Falta gracia y corrección en el escrito pero no te desanimes. — A. F. Bruño Las soluciones del número quinto, bien, más para poder obtener el regalo, han de remitirse las soluciones exactas desde el número 7 al 12.

Para la correspondencia al director de
Correo de los Niños, Apartado, 88

Redacción y Administración: Calle de las Cortes, #95. — Barcelona.

En el próximo número irá el suplemento n.º 2

EL DESHAUCIO DE RODRIGUEZ



La familia Rodríguez fue despedida por el débito de un trimestre.

Sintiéndose sumidos en la marmita de la desesperación, adoptó el jefe el siguiente recurso.

Fué á un vendedor de globos comprándole toda su mercancía.



Y con tan excelente trofeo se encaminó hacia su casa.

Atando dos globos en la mesa, que con su fuerza

ascendente, desapareció en seguida en el espacio



Luego siguieron las sillas y los enseres culinarios;

y el sillón y la butaca, que tomaron la misma dirección.

Finalmente, la mujer y su hijo subieron al azul celeste.



En este momento, divisándolo el conserje, exclama: —¡Mira los caballos, se escapan con mis muebles!

Y subiendo los escalones de cuatro en cuatro, grita desahoradamente: —Pero ya les alcanzaré.

Era en el momento en que desaparecía Rodríguez, diciéndole: —Hasta la vista, y el conserje se desmayó.